





# LA JAULA

ALBERT'S BELS

TRADUCCIÓN DEL LETÓN Y NOTAS  
DE RAFAEL MARTÍN CALVO



TÍTULO ORIGINAL: *Būris*

Publicado por  
AUTOMÁTICA  
Automática Editorial S.L.U.  
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com  
www.automaticaeditorial.com

© Alberts Bels  
© de la traducción, Rafael Martín Calvo, 2023  
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2023  
© de la ilustración de cubierta, Beatriz Costo, 2023

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.U.

This book was published with the support of the Latvian Literature platform.



ISBN: 978-84-15509-94-3  
DEPÓSITO LEGAL: M-32706-2023

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors  
Composición: Automática Editorial  
Corrección ortotipográfica y de estilo: Samara Ibarra / Automática Editorial  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: noviembre de 2023

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.





# LA JAULA

ALBERTS BELS

TRADUCCIÓN DEL LETÓN Y NOTAS  
DE RAFAEL MARTÍN CALVO







## I

Un miércoles de septiembre por la mañana, estando aún echado en la cama y algo adormilado, Valdis Strūga sintió un dolor prolongado y continuo en la cadera derecha. Era una especie de punzada o pinchazo, como un buril romo hurgando, arañando sin cesar justo en la articulación. También una inflamación sorda iba tomando cuerpo en una falange del dedo gordo del pie derecho. El dolor lo despertó alrededor de las seis, aunque normalmente no se despertaba hasta las seis y media.

Su mujer y su hijo seguían en la cama, profundamente dormidos.

Strūga había sufrido en los últimos tiempos varios ataques de gota. Sin embargo, no había acudido al médico, ni tampoco se había quejado de ello a los amigos ni a los compañeros de trabajo. Ni siquiera a su mujer. Se procuró cuantos libros le fueron necesarios, leyó todo lo que pudo encontrar sobre las causas de la gota y concluyó que no había médico que pudiera ayudarlo. Eso sí, un buen régimen alimenticio y un poco de ejercicio regular serían de vital importancia para combatir su dolencia.

Si sufría de gota ya desde tan joven, las causas no había que buscarlas muy lejos: su tabaquismo empedernido desde los dieciocho años y las comidas ricas en purinas.

Sin pensárselo dos veces, Strūga había dejado de fumar. Solo las coloridas cajetillas de tabaco con estilizadas ilustraciones de aquella misma planta atestiguaban su abandonada pasión. Hacía algunos años, un capitán de barco había denunciado la desaparición de su única hija, la niña de sus ojos. Strūga había conseguido encontrarla en apenas un par de días y, desde entonces, para expresarle su eterna gratitud, el capitán le enviaba desde cada puerto una cajetilla de tabaco de alguna variedad exótica.

¡Y pensar en todo el dinero que se había gastado comprando pipas en tiendas de ocasión! Las quince pipas (de madera de manzano, de raíz de brezo y de ébano, de porcelana, de sepiolita) descansaban ahora sobre la mesa, tristemente suspendidas en sus soportes. Solo de vez en cuando, mientras leía o veía algo de deporte en la televisión, Strūga tomaba una pipa especialmente aromática, su María Negra, y con la cánula entre los dientes la removía en la boca, vacía, sin humo, sin sabor a nada. Y tenía que contentarse con eso.

Sus comidas preferidas eran la ternera asada, bien hecha, con guarnición de patatas, el *kogel mogel*,<sup>1</sup> el zumo de cereza, las manzanas y las fresas silvestres. Desde que había empezado a sufrir de gota, Strūga no había tomado ni un sorbo de *brandy*, aunque también le encantaba. Y a fin de evitar las purinas, comía cada vez menos carne de ternera. De esta forma, su batalla contra la gota repercutió favorablemente en el presupuesto familiar.

Strūga hablaba tres idiomas: letón, ruso e inglés. Leía libros de criminología y de historia, memorias y artículos sobre afecciones psicológicas y trastornos de personalidad. Apenas le quedaba tiempo para la ficción, aunque tenía una colección

---

<sup>1</sup> El *kogel mogel* es un postre tradicional de la cocina centroeuropea y del Cáucaso, consistente en una mezcla cremosa de azúcar y huevos crudos batidos.

selecta en casa. Su autor favorito era Hemingway. De entre los pintores, sentía predilección por Brueghel. Admiraba la capacidad del maestro flamenco para plasmar cada minúsculo detalle, su gran precisión y economía de medios para expresar el carácter de sus personajes.

Llevaba seis años casado. Tenía un hijo de cuatro años, un pequeñín vestido siempre como un muñequito. Su mujer trabajaba en una casa de modas, así que, cuando no estaba de uniforme, a Strūga también le gustaba ponerse trajes de buen corte.

En sus ratos libres jugaba al tenis de mesa y levantaba pesas de catorce kilos. Era aficionado a bailar el *shake*, el *twist* y demás bailes modernos. En verano se bañaba en la playa y jugaba al voleibol en la arena, como cualquier otro mortal.

Le gustaba pasear a solas por el bosque, teniendo cuidado de no pisar a las hormigas ni romper una rama, de no hacer ningún ruido ni asustar a ningún animal. A fin de poder contemplar la vida en el bosque, había aprendido a acercarse a los pájaros y a otras criaturas salvajes en completo silencio. En estos paseos, siempre llevaba su cámara con teleobjetivo.

Strūga vivía en un pequeño apartamento de dos dormitorios en Riga, en el barrio de Mežaparks. En realidad, era un apartamento comunitario, pero con la hábil construcción de unos tabiques divisorios provisionales se habían creado dos viviendas independientes. Strūga siempre tomaba el tranvía número quince para ir al trabajo, aunque cuando estaba a cargo de algún caso especial, un coche oficial venía a recogerlo.

Altura del inspector Strūga, un metro ochenta. Peso, setenta y tres kilos. Color de pelo, rubio oscuro. Color de ojos, grises. Compleción, bien desarrollada, musculosa. En ocasiones, sus movimientos resultaban algo agitados. Tenía treinta y dos años, bien avanzados ya. Nacido en Riga, hijo de un oficinista, había estudiado en el Instituto N.º 11 de la capital,

había servido en el ejército, se había graduado en la Facultad de Derecho y ahora trabajaba como policía en la División de Investigación Criminal.

El universo de la profesión de Strūga estaba rigurosamente codificado y reglamentado. Su objetivo era hacer cumplir la ley. Y para alcanzar este objetivo se requería un gran número de personas. Los motivos de la existencia de su profesión se hallaban ocultos en los orígenes de la sociedad humana y resultaba imposible erradicarlos en poco tiempo.

¿Era posible que esos motivos fueran inmutables, tan inmutables como la mismísima naturaleza humana? ¿O quizá podían evitarse, tal y como habían profesado los primeros teóricos socialistas? Eran, sin duda, motivos de una naturaleza compleja. ¿Tenían sus raíces en la genética? ¿Tal vez en los sótanos de los bloques de pisos? ¿O quizá entre las paredes de las casas unifamiliares? Esto era lo que Strūga había decidido investigar, al menos en la medida que le fuera posible.

La profesión de Strūga confería a su vida un valor bastante evidente, expuesto como estaba siempre a no pocos riesgos y temibles vicisitudes.

A las seis y cinco, ya en la cocina, Strūga se bebió media botella de agua mineral Slāvjanovskaja. Vestido con un chándal, salió de casa.

Una fina película de rocío cubría la acera. A dos calles de distancia, oyó el retumbar de un tranvía. En el cielo, entre nubes plomizas, resplandecían amplias pinceladas de un azul brillante. El aire era húmedo y frío. Sentía la calidez del chándal contra el cuerpo. Sus pies iban cómodos en las zapatillas de deporte. El parque quedaba a unos doscientos metros. Strūga echó a correr.

En cuanto la maldita gota comenzó a fastidiarle la vida, Strūga resolvió salir a correr cada mañana. Zigzagueando,

subiendo y bajando por las ondulaciones del parque como si se tratara de una pista de eslalon, fintaba con brusquedad cada tocón, piedra o árbol, con el cuerpo entero inclinado hacia adelante.

A las siete y cinco, Strūga salió del parque. Sacó dieciocho kopeks del bolsillo y los depositó en el mostrador del quiosco. El vendedor le pasó el periódico, ya doblado. Olía a imprenta y a noticias frescas. Solo intercambiaron el saludo de rigor, sin hablar más ni preguntarse nada. Así lo habían establecido hacía un par de años, cuando Strūga empezó a comprar el periódico cada mañana, tras descubrir que así podía leerlo unas horas antes que si esperaba a la llegada del correo. El cartero aún le traía *La Cartelera de Riga* y algunas otras revistas, a las que la mujer de Strūga llamaba sus «revistillas».

Cuando Strūga abrió la puerta de la cocina, sintió el agradable olor a café. Su mujer siempre preparaba un café bien espeso y aromoso, con granos recién molidos. Strūga se sirvió una taza de leche caliente de un cacito sobre la hornilla. La gota también le tenía vetado el café. Puso dos cucharadas de miel en la leche y se la bebió a pequeños sorbos, intercalando bocados de una rebanada de pan de centeno. Después tomó un poco de queso, untado con una gruesa capa de mantequilla. Y luego dos huevos pasados por agua.

Había discutido con su mujer el día anterior. Su matrimonio solía transcurrir de forma armoniosa y fluida, y el motivo de la disputa había sido más bien trivial. Strūga había decidido cogerse las vacaciones a finales de febrero. Ya lo había arreglado todo con su compañero Fyodorov, que no había puesto ninguna objeción. Por supuesto, desde septiembre hasta febrero podían cambiar muchas cosas: un caso excepcional podía alargarse, podían enviarle de repente fuera de la ciudad, o podía tener que sustituir a su compañero si este

se ponía enfermo. Febrero era precisamente el mes en el que Fyodorov solía coger la gripe. Durante los últimos cinco inviernos, Strūga había recorrido con sus esquís las colinas de Letonia, pero este invierno quería ir al Cáucaso. Quería probarse a sí mismo en unas montañas de verdad y poner a prueba su habilidad y resistencia.

Su mujer estaba enfadada porque Strūga no había cogido las vacaciones con ella en agosto. Así que no había nada que hacer al respecto: era una disputa retroactiva. Las vacaciones de su mujer ya habían pasado, todo se había debatido y resuelto ya en agosto.

En realidad, agosto había sido un mes muy ajetreado. Bajo su frondoso abrigo, la naturaleza proporcionaba al crimen refugio y amparo. Durante el verano, toda una caterva de tipos infames salía de entre las grietas, como cucarachas, a disfrutar de la vida en el paraíso.

¿Amparaba la naturaleza a los malhechores? Sí, y en esos momentos la ley debía mantener los ojos y los oídos bien abiertos. No era el momento ideal para irse de vacaciones. En verano siempre estaban desbordados de trabajo. Aparte de las trágicas desapariciones, solían darse casos con trasfondo romántico. Por lo general, alguna joven se fugaba con otro joven a alguna parte, pero los padres de la joven ignoraban tanto la existencia del joven en cuestión como el paradero de los fugitivos.

El trabajo de Strūga indagaba en buena medida en las imperfecciones y debilidades de la naturaleza humana, y aspiraba a una comprensión más cabal de dichas debilidades e imperfecciones.

Mientras aspiraba el olor del café, tomando a sorbos su leche endulzada, Strūga recordó las injustas acusaciones vertidas por su mujer la noche anterior y, de repente, también él deseó desaparecer bajo el manto verde de la naturaleza junto

a algún ser joven, compasivo y cariñoso que le comprendiera sin tener que explicarse, junto a una mujer ideal, inteligente, hermosa y apasionada, que le dejara leer el periódico en la mesa durante el desayuno. Strūga sonrió, dándole otro mordisco a su rebanada de pan de centeno. Sonrió ante su propia ocurrencia. Sabía que nunca emprendería una aventura semejante. Su personalidad no era la de un amante del riesgo, sino más bien la de un observador paciente. Había demostrado valor en el cumplimiento de su deber profesional, aunque, con un triste suspiro, recordó haber dejado pasar un par de excelentes oportunidades de vivir un romance novelesco con alguna mujer hermosa. Sin embargo, tenía cuatro razones para no haberlo hecho. Primero, amaba a su esposa y se había acostumbrado a aquel amor correspondido. Segundo, era honesto. Tercero, temía contagiarse de alguna horrible enfermedad. Y cuarto, en su fuero más interno, era idealista y monógamo.

Una vez terminado el desayuno, besó a su mujer en la mejilla y le agradeció el desayuno. El buzón estaba vacío. El cartero llegaría más tarde, hacia las ocho y media. Al salir a la calle, Strūga constató que no estaba de muy buen humor. Maletín en mano, se dirigió a la parada del tranvía.

Por la acera estrecha, en la que apenas cabían dos personas, vio acercarse a tres tipos corpulentos, bastante achispados ya de buena mañana, bien fornidos los tres, en la flor de la vida, enfrascados en una animada conversación. Tenían el rostro enrojecido y los ojos brillantes. Se sentían dueños del mundo y, sin duda, dueños también de la acera. Unas señoras que caminaban delante de Strūga tuvieron que hacerse a un lado, saliéndose a la zanja arenosa para dejarles pasar. Las expresiones groseras del trío resonaban a lo largo de la calle tranquila.

Strūga inspiró hondo y continuó avanzando, derecho hacia los tres tipos. Caminaba por el borde de la acera. Si

hubieran querido, los hombres podrían haberle cedido el paso, pero no repararon en aquel hombre sin uniforme: sus miradas lo atravesaron como si fuera un espacio vacío. Avanzaban como apisonadoras, acostumbrados a que la gente se apartara a su paso, sobre todo peatones solitarios como aquel tipo. Pero Strūga apoyó firmemente una pierna en la acera y con el hombro asestó un duro golpe en el pecho a uno de los hombres. El tipo, alcanzado de lleno, se tambaleó en la arena, obligado a hacerse a un lado.

Strūga siguió adelante, sin volverse a mirar al ruidoso trío de bravucones, sin fijarse en ellos siquiera. En realidad, no había pasado nada. Alguien había chocado por descuido con su hombro. Sintió que empezaba a encontrarse de mejor humor.

A sus espaldas, los hombres se detuvieron, dieron un par de gritos, pero no lo insultaron. Una lástima. Eso era precisamente lo que Strūga esperaba para darse la vuelta. A un miembro cabal del Departamento Policial de Desaparecidos no le correspondía en absoluto poner a raya a fanfarrones como aquellos, pero a Strūga le hervía la sangre cada vez que veía a matones engréidos acaparando la calle como tanques, arrollándolo todo a su paso, sin tener en cuenta a mujeres, ancianos o niños.

En una ocasión, estando su mujer embarazada, se había visto obligada a meterse en un charco para dejar pasar, tal vez, a esos mismos hombres. «Ya nos ocupamos de quienes infringen las leyes», pensó Strūga, «¿pero qué hacemos con tipos como estos? La ley no puede hacerles nada. La próxima vez, quizá este tipo tendrá cuidado de no ir avasallando a todo el que se cruce con él por una acera. Se acordará del golpe y le cederá el paso a un hombre fuerte. Pero ¿y a una mujer?».

Strūga se sentó en la parte trasera del tranvía, sacó de su maletín el periódico doblado y echó un vistazo rápido a los



artículos de mayor interés. Tras hojear las noticias internacionales, se demoró un poco más en la sección de deportes.

En el pasillo del edificio de la administración de la policía, Strūga se encontró con un compañero que, sorprendentemente, saldó con él una deuda. Fue algo totalmente inesperado porque hacía ya más de un año que le había hecho el préstamo. Strūga había dado el dinero por perdido: el compañero tenía cuatro hijos, así que había resuelto ser comprensivo. Strūga dobló cuidadosamente los billetes recibidos en su cartera y entró en su despacho de muy buen humor. Había que reconocerlo, recibir dinero era mucho más agradable que darlo.

El reloj marcaba las nueve menos cinco.

Un aroma a humo de tabaco, apenas perceptible, flotaba en el aire. Era el tabaco del capitán de barco, que Strūga regalaba con regularidad a su compañero.

Sobre la mesa, había una nota: «He llevado las fotografías del individuo N. al estudio de televisión. Las retransmitirán esta noche. Fantomas».

La nota estaba en letón. Así que Fyodorov, su compañero y vecino de despacho, debía de haber llegado antes que él. Fyodorov, oriundo de la región bielorrusa de Vítebsk, tenía cuarenta años. Cuando se conocieron, sus conversaciones fueron durante un tiempo en ruso. Luego, Fyodorov le pidió a Strūga que le hablara en letón y, en dos años, aprendió a hablar y leer el idioma con fluidez. Saber dos idiomas era una costumbre de larga tradición en los países bálticos. A decir verdad, a Fyodorov no se le daba del todo bien la escritura y a veces cometía algún error en las frases más complejas. Strūga llamó a la recepción:

—¿Me espera alguien?

—Sí, una mujer.

—Que pase —respondió él.